

ELIAS L. RIVERS (1924-2013)

IN MEMORIAM

*Libre mi alma de su estrecha roca
por el Estigio lago conducida,
celebrándose irá, y aquel sonido
hará parar las aguas del olvido.*

Garcilaso de la Vega

La muerte del distinguido catedrático Elias L. Rivers ha dejado un vacío irreparable en los estudios auriseculares, a los que tanto enriqueció con sus conocimientos, su obra y enseñanza. El profesor emérito de SUNY Stony Brook falleció el 21 de diciembre de 2013 a la edad de 89 años en Bethesda, Maryland, estado donde residió con su esposa, la destacada sorjuanista Georgina Sabat-Rivers, durante los años que enseñó en la Universidad de Johns Hopkins, desde 1964 hasta 1978.

Elias L. Rivers nació en 1924 en una isla cercana a la costa del estado de South Carolina, y se crió en la ciudad de Charleston. Descendía de una familia largamente arraigada en el sur de los Estados Unidos cuyos experimentos agrícolas optimaron el cultivo del algodón y cuyo apellido da nombre a una de las calles principales de la ciudad. Su figura delataba su origen sureño: alto, de faz sonrosada y barba cuidada, con acento despacioso y melódico; su trato se distinguía por la caballerosidad propia de esa cultura hoy en vías de desaparecer. Gustaba contar que de niño aprendió gullah, el lenguaje de los trabajadores afro-costeños de la isla y que esa vista a otro mundo le inculcó su interés por el aprendizaje de lenguas. Después de estudiar griego en el College of Charleston, ingresó en el ejército de los EE. UU. al estallar la Segunda Guerra Mundial y fue enviado a la Universidad de Georgetown a aprender mandarín antes de participar en el teatro bélico en las fronteras de la China con Birmania. A su vuelta en 1946, se matriculó en la Universidad de Yale, en donde continuó sus estudios de mandarín, latín y español, licenciándose *summa cum laude* y obteniendo un doctorado en español con una tesis sobre el poeta renacentista Francisco de Aldana.

Esos últimos años en Yale los recordaría Elias con un cariño y nostalgia especiales por la llegada de Rafael Lapesa como profesor visitante en 1949; con él volvió a estudiar en Madrid en calidad de becario en 1950-51, cuando también conoció a Dámaso Alonso; con ambos mantuvo una estrecha amistad proseguida más tarde durante las frecuentes estancias de la pareja Sabat-Rivers en su piso en el barrio de Chamberí. De don Rafael, comentó años después en un homenaje organizado a su querido maestro, "Para mí, y para muchos hispanistas, don Rafael Lapesa ha sido uno de los más importantes modelos intelectuales y personales" (*AISO, Actas III*, 1993). Con Dámaso Alonso compartía un entrañable amor por la poesía, fehaciente en sus estudios sobre Garcilaso de la Vega (*Obras completas con comentario*, Ohio State University Press, 1974; *La poesía de Garcilaso*, Ariel, 1974; *Poems: A Critical Guide*, Tamesis, 1980) y otros poetas del Renacimiento (*Francisco de Aldana, el divino capitán*, Servicios Culturales Badajoz, 1955; *Renaissance and Baroque Poetry of Spain*, Scribner's, 1966; *Fray Luis de León: The Original Poems*, Tamesis, 1983), e igualmente en la lograda traducción que hiciera más tarde del poemario de don Dámaso, *Hijos de la ira (Children of Wrath)*, Johns Hopkins University Press, 1971).

Aunque era un magnífico traductor que no descansaba hasta no acertar con la palabra precisa—ya en sus últimos años de vida, decidió traducir al inglés la intrincada prosa de los proemios de Boscán y Garcilaso para darlos a conocer en su conjunto ("Three Literary Manifestos of Early Modern Spain," *PMLA*, 2011)—Elias se consideraba ante todo un hispanista. Si bien su acercamiento a la literatura del Siglo de Oro procedía y se nutría de sus profundos conocimientos del mundo clásico y de la escuela filológica española (véanse *Muses and Masks: Some Classical Genres of Spanish Poetry*, Juan de la Cuesta, 1992, y los numerosos e indispensables ensayos sobre los géneros poéticos), tampoco desestimaba los varios movimientos lingüístico-filosóficos que llegaban desde Europa a América. De esa época son sus estudios sobre la presencia ininterrumpida de la diglosia en las literaturas española y latinoamericana (*Quixotic Scriptures: Essays on the Textuality of Hispanic Literature*, Indiana University Press, 1983) y sobre los actos de habla, siguiendo la pauta del lingüista J. L. Austin pero aplicándola a la comedia (*Things Done With Words: Speech Acts in Hispanic Drama*, Juan de la Cuesta, 1986) y uno de los ensayos más lúcidos sobre el concepto sociolingüístico de la oralidad ("Two Functions of Social Discourse: From Lope de Vega to Miguel de Cervantes," *Oral Tradition*, 1987). Más tarde había de hacer evidente su continuo interés por el contexto social de la literatura en varios estudios sobre Quevedo y Cervantes (*Quevedo y su poética dedicada a Olivares*, Universidad de Navarra, 1998), sin dejar de investigar este aspecto—y en particular lo que ahora se denomina "la historia del libro"—en la poesía aurisecular ("A National Classic: The Case of Garcilaso's Poetry," *The Politics of Editing*, ed. Nicholas Spadaccini y Jenaro Talens, University of Minnesota Press, 1992).

Elias defendió constantemente la lectura ecléctica del canon, siempre y cuando se demostrara convincente e innovadora. En su ensayo dedicado a la

memoria de Dámaso Alonso, “La desconstrucción de la poesía del Siglo de Oro” (*AISO, Actas II*, 1990), aclara su postura ante la manifestación en ese entonces de las nuevas tendencias críticas. Con su cortesía habitual, así como con la franqueza que a la vez lo caracterizaba, deja saber que “no quiero que se crea que yo soy partidario incondicional del desconstruccionismo ni mucho menos: para mí, todo discurso, sea poético o no, está arraigado en la historia y la práctica de una cultura social y literaria, con sus unidades ideológicamente (es decir, equívoca o contradictoriamente) definidas.” Termina, sin embargo, con una advertencia contra el anquilosamiento del pensamiento tradicional, “hay que cuestionar metodológica y teóricamente los estudios que seguimos haciendo sobre la poesía del Siglo de Oro.” Por ello, no dejaba de sentirse frustrado por las diferencias que él observaba que iban surgiendo entre los estudios hispánicos. En la entrevista que tuvo con el periódico *El País* en 1989, siendo presidente de la Asociación Internacional de Hispanistas, expone su preocupación por “una posible bifurcación de los estudios hispánicos en una corriente hispanista y otra americanista.” Que tal desviación no ha llegado a suceder hasta el momento sin lugar a dudas se debe a su ejemplo de mantener un ir y venir intelectual y afectivo entre los dos mundos. Sus esfuerzos por dar a conocer la literatura del Siglo de Oro a sus compatriotas anglosajones fueron merecidamente reconocidos con el premio Nebrija en 1992; según el jurado, el prestigioso premio le fue entregado por ser “uno de los más conocidos representantes del hispanismo norteamericano, con una larga trayectoria que abarca un amplio espectro científico dentro de los estudios sobre las letras españolas.”

El legado intelectual que deja Elias Rivers ha rendido provecho en los alumnos que fue formando a través de los años en los varios puestos académicos que llegó a ocupar: de joven, en Dartmouth College, brevemente en la Universidad Estatal de Ohio, y después, en sus estancias más largas en Johns Hopkins y la Universidad Estatal de Nueva York, Stony Brook, de donde se jubilaron él y Georgina en 1992. En estas últimas dos universidades, apoyó siempre con ahínco a sus alumnos de doctorado, quienes hoy descuellan como académicos aventajados en diversas universidades y colleges desde California a Nueva York. Pero también avaló a muchos otros jóvenes estudiosos; cuando leía un ensayo o libro que le parecía valioso, se apresuraba en escribir a quien fuera el autor para felicitarlo y brindarle su amistad. El peso de una evaluación positiva dada por él, la cual adjudicaba con toda objetividad, salvó a más de un joven profesor del oprobio de serle denegada la permanencia.

La vida familiar de Elias reflejaba ese interés y desvelo por los demás. Su matrimonio con Georgina Sabat le aseguró una compañera con quien reír y argumentar a menudo, siempre en castellano. Hizo el papel de padre para sus cuatro hijos, sin olvidar jamás a los tres suyos. A su jubilación, la pareja se mudó a la ciudad subtropical de Miami, Florida, donde permanecieron activos, con viajes a congresos y conferencias. Su hogar resonaba con los

acentos cubanos de los amigos y parientes de Georgina a la vez que con los versos de Garcilaso y de sor Juana Inés de la Cruz; hacía casi 30 años, en Maryland, habían colaborado en la edición de los escritos de la monja (*Obras selectas*, Noguera, 1976). Aclimatados en Miami, a pedido de su amigo Claudio Guillén, volvieron a colaborar en una nueva edición de Sor Juana (*Sor Juana Inés de la Cruz: Poesía, Teatro, Pensamiento*, Biblioteca de Literatura Universal, 2004). Quizá presintiendo su ausencia, el año en que falleció Georgina salió a luz otra colaboración: *Veintiún sonetos de amor y otros poemas. Juana Inés de la Cruz* (Almuzara, 2008, con introducción de Cesc Esteve).

Los múltiples homenajes personales y *festschriften* que recibieron tanto Georgina como Elias dan prueba de la gratitud y del amor que les guardan sus colegas, alumnos y amigos. Para Elias, quien siempre huía de toda expresión inmoderada, bastaba la sinceridad de los sentimientos. Es con ese recuerdo del espíritu gentil que lo guió siempre que agradecemos su contribución al estudio de las letras hispanas.

ANNE J. CRUZ
UNIVERSIDAD DE MIAMI